

á parte del papel lo había hecho bajar rápidamente, y hubo necesidad de decretar que aquello no se verificaría. No era menos tiránico el empréstito forzoso, pues consistía en cambiar, por fuerza, el asignado de valor moneda por vales sobre tierras; la única diferencia consistía en que el empréstito forzoso iba contra las clases altas y ricas y sólo hacía la conversión por ellas; pero habían sufrido tanto, que era difícil hacerles comprar bienes raíces sin ponerlas en amargas perplejidades. Por otra parte, después de la reacción, empezaban á declararse contra toda imitación de las medidas revolucionarias.

De este modo, tan sólo quedaban los medios voluntarios, y se propusieron multitud de ellos. Cambón imaginó una lotería que debía componerse de cuatro millones de suertes, de mil francos cada una, lo cual componía por parte del público una puesta de cuatro mil millones. El Estado añadía trescientos noventa y uno que servían para los premios grandes, de modo que había cuatro suertes de quinientos mil francos, treinta y seis de doscientos cincuenta mil y trescientas sesenta de cien mil. Los menos afortunados recobraban sus primitivos mil francos; pero unos y otros en vez de tener asignados se encontraban sólo con un pagaré contra los bienes nacionales que producía un tres por ciento de interés. Así se suponía que el cebo de un premio considerable haría preferir estos pagarés sobre los bienes nacionales, y que cuatro mil millones de asignados no tendrían ya el carácter de moneda, sino el de contratos sobre tierras, mediante una prima de trescientos noventa y un millones: esto era siempre en la suposición de que podría hacerse este arreglo. Thirion aconsejó otro medio, y era el de un fondo vitalicio; pero esto, muy bueno para proporcionar un capital económico á los que sobreviviesen, eran muy lento é insuficiente respecto á la enorme cantidad de asignados. Johannot propuso una especie de banco territorial en que se depositasen los asignados para tener pagarés que devengasen el 3 por 100 de interés, pagarés que se trocarían á voluntad por asignados; lo cual era el mismo plan de cambiar el papel moneda en valores de tierras, con la única diferencia de que estos valores podían recobrar la forma de moneda en circulación.

Es evidente que no se había vencido la verdadera dificultad, pues todos los medios ideados para retirar el papel moneda y hacerle subir eran ilusorios; era preciso continuar aún emitiendo asignados, aunque bajasen más y más, que ya llegaría irremisiblemente el caso de dar una solución al asunto. Por desgracia, jamás se saben prever los sacrificios necesarios y disminuir su entidad haciéndolos de antemano; previsión y resolución que han faltado siempre á las naciones en sus crisis de hacienda.

A estos medios ficticios de recoger los asignados se agregaban otros felizmente más positivos, pero en extremo insuficientes. Los muebles de los emigrados, que eran muy fáciles de vender, importaban doscientos millones; las transacciones amistosas por los intereses de los emigrados en las sociedades de comercio podían producir cien millones y quinientos la parte en sus herencias; pero en el primer caso se quitaban capitales al comercio, y en el segundo se percibía parte de los valores en tierras. Tratábase de ofrecer un premio á los que

acabasen de pagar los bienes ya adquiridos, y se esperaba recoger de esta manera ochocientos millones. Caso de que todo hubiera salido bien, los recursos que acabamos de enumerar habrían ascendido á unos dos mil seiscientos millones; sin embargo, por dichos podían contarse si hubieran sacado de todo mil quinientos millones, además de que esta suma debía salir para otros gastos.

Acababa de decretarse una medida muy cuerda y muy humana, la liquidación de los acreedores de los emigrados. Al principio se resolvió hacer una liquidación individual para cada emigrado; mas como muchos de ellos eran insolventes, la república no hubiera saldado más cuentas que las que cubrieran los créditos; pero esta liquidación individual ofrecía dilaciones interminables, pues era preciso abrir una cuenta á cada emigrado, apuntar en ella sus bienes raíces y muebles deduciendo las deudas, y sus infelices acreedores, casi todos criados, artesanos y mercaderes, hubieran tenido que esperar veinte ó treinta años para el cobro. Cambón hizo resolver que los acreedores de los emigrados se convirtiesen en acreedores del Estado, siendo inmediatamente pagados, excepto aquellos cuyos deudores eran notoriamente insolventes. La república podía perder así algunos millones, pero remediaba males muy grandes haciendo un bien inmenso. El autor de tal idea era el revolucionario Cambón.

Pero mientras se discutían estas desgraciadas cuestiones, había que volver los ojos á cuidados más urgentes aún, la subsistencia de París que iba á faltar enteramente. Se estaba á fin de ventoso (mediados de marzo). La abolición del *maximum* no había podido reanimar el comercio ni los cereales llegaban. Una multitud de diputados hacía requisas alrededor de París, mas no eran obedecidos; y si bien estaban autorizados éstos para los abastos de los grandes distritos, pagándolos al precio corriente de los mercados, los arrendadores decían que estaban abolidas y no querían obedecer. Sin embargo, el principal obstáculo no era éste. Los ríos y canales se hallaban tan helados que no podía llegar ningún barco; los caminos, cubiertos de hielo, se hallaban intransitables, y para hacer posible el tráfico había que enarenarlos veinte leguas en contorno. Durante el viaje, el pueblo hambriento, cuya ira excitaban los jacobinos, se apoderaba de los carros diciendo que el gobierno era antirrevolucionario, que dejaba se pudriesen los granos en París y trataba de restablecer el trono. Al paso que disminuían los ingresos aumentaba el consumo, como sucede siempre en semejantes casos, pues el temor de que hiciesen falta precisaba á cada uno á tomar provisiones para muchos días.

Entregábase el pan, como en otro tiempo, presentando papeletas; pero todos ponderaban sus necesidades. Los habitantes de París, para favorecer á sus lecheras, lavanderas ó forasteros que les traían legumbres y aves, les daban pan, que se prefería al dinero en fuerza del hambre que aquejaba á los habitantes de los pueblos cercanos á París, tan grande como la de esta capital. Los panaderos revendían la masa á la gente del campo, de suerte que el consumo se habían aumentado de mil quinientos sacos á mil novecientos. La abolición del *maximum* había hecho subir el precio de todos los comestibles á un grado exorbitante, y para disminuirlo,

el gobierno había depositado en casa de los tocineros, lonjistas y tenderos víveres y provisiones á precios infinitos, restableciendo así algún tanto la baratura; mas los encargados abusaban del depósito y vendían más caro de lo que se había tratado con ellos.

de haber abolido el *maximum*.—He ahí, respondía la derecha, el efecto inevitable de vuestras medidas revolucionarias.» Cada uno proponía entonces como remedio los deseos de su partido, y exigía resoluciones á veces las más extrañas al penoso asunto de que se trataba.



Pontecoulant

Cada día se veían más apurados los comités y esperaban con impaciencia los mil novecientos sacos de harina que eran indispensables. Boissy-d'Anglès, encargado de las subsistencias, se presentaba incesantemente á dar nuevos informes para tranquilizar el público y ofrecerle una seguridad que ni el gobierno mismo tenía. En situación semejante se prodigaban los acostumbrados denuestos. «Ahí tenéis, decía la Montaña, el efecto

«Castigad á todos los culpables, decían los de la derecha; reparad todas las injusticias, revisad todas las leyes tiránicas y anulad la ley de los sospechosos.—No, respondían los montañeses; renovad vuestros comités de gobierno, dadles la energía revolucionaria, cesad de perseguir á los mejores patriotas y no ensalcéis la aristocracia.» Tales eran los medios propuestos para aliviar la miseria pública.



En semejantes momentos suelen venir los partidos á las manos para hacer triunfar sus deseos. El informe tan deseado acerca de Billaud-Varennes, Collot d'Herbois, Barrere y Vadier presentóse por fin á la Asamblea. La comisión de los veintiuno opinaba por la formación de la causa, y pedía provisionalmente el arresto, el cual se votó inmediatamente por una inmensa mayoría, decretándose que la Asamblea oiría á los cuatro acusados y que se abriría una solemne discusión sobre la propuesta de encausamiento. Apenas se había decidido esto, cuando se propuso que volviesen al seno de la Asamblea los diputados proscritos, á quienes se había librado de toda persecución dos meses antes, aunque prohibiéndoles volver á la Convención. Sieyes, que había guardado un silencio de cinco años, que desde los primeros meses de la Asamblea Constituyente se había ocultado en el centro para que se olvidase su reputación y genio, y á quien la dictadura había perdonado como á un hombre insociable é incapaz de conspirar y poco peligroso desde el momento que había cesado de escribir; Sieyes, saliendo de su largo mutismo, dijo que, pues parecía brillar de nuevo el imperio de las leyes, iba otra vez á tomar la palabra; pero que aquéllas no estarían en su fuerza y vigor, mientras no se reparase el ultraje hecho á la representación nacional. «Toda vuestra historia, dijo á la Convención, se divide en dos épocas: desde el 21 de septiembre, día de vuestra reunión, hasta el 31 de mayo, la Convención estuvo oprimida por la ceguedad del pueblo, y desde el 31 de mayo hasta hoy lo ha sido el pueblo por la Convención tiranizada. Hoy probaréis ser libres si llamáis á vuestros colegas, sin que deba siquiera discutirse semejante determinación, porque es de pleno derecho.» Los montañeses se alarmaron de este modo de raciocinar. «¡Luego todo lo que habéis hecho es nulo, exclamó Cambón. ¡Esos inmensos trabajos, esa multitud de leyes y todos esos decretos que componen el gobierno actual son por consiguiente nulos, y nula también la salvación de la Francia procurada con vuestro valor y esfuerzos!» Sieyes replicó que no le habían entendido. Decidióse inmediatamente la reposición de los diputados que se habían librado del cadalso. Volvieron, pues, en medio de los mayores aplausos los famosos proscritos Isnard, Enrique Larivière, Louvet, Larevellière-Lepaux y Doucet de Pontecoulant. «¿Por qué, exclamó Chenier, no se ha hallado gruta bastante profunda para libertar de los verdugos la elocuencia de Vergniaud y el genio de Condorcet?»

Mucho se indignaron los montañeses, y aun algunos termidorianos, atemorizados al ver regresar á la Asamblea á los jefes de una facción que había opuesto al sistema revolucionario tan peligrosa resistencia, se volvieron á la Montaña. Thuriot, aquel termidoriano tan enemigo de Robespierre que se había librado por milagro de la suerte de Philippeaux; Lesage-Senaud, hombre sabio, pero enemigo decidido de toda contrarrevolución; finalmente, Lecointre, tan obstinado enemigo de Billaud, Collot y Barrere; Lecointre, que cinco meses antes había sido declarado calumniador por haber denunciado á los siete individuos restantes de los antiguos comités, volvieron á colocarse en la izquierda. «No sabéis lo que hacéis, dijo Thuriot á sus colegas: esos hombres jamás sabrán perdonaros.» Lecointre propuso

una distinción. «Llamad enhorabuena, dijo, á los diputados proscritos; pero averiguad quiénes son los que han tomado las armas contra su patria alzando á los departamentos, y no los admitáis entre vosotros.» En efecto, todos habían tomado las armas. Louvet no vaciló en confesarlo, y propuso se declarase que los departamentos que se habían sublevado en junio del 93 habían merecido bien de la patria. Al oír esto se levantó Tallián, asombrado de la osadía de los girondinos, y rechazó las dos proposiciones de Lecointre y de Louvet. Ambas se desestimaron, y mientras se acababa de reponer á los girondinos proscritos, se remitió al examen del comité de seguridad general á Pache, Bouchotte y Garat.

Tales resoluciones no eran las más á propósito para calmar los ánimos. La escasez, que iba en aumento, obligó por fin á adoptar una medida que hacía mucho tiempo se estaba dilatando y que debía acabar de exasperar la paciencia, cual era la de poner á ración á los habitantes de París. Presentóse en la Asamblea Boissy d'Anglès el 25 ventoso (16 de marzo), y propuso, para evitar desperdicios y asegurar á cada uno suficiente porción de subsistencias, reducir á cada individuo á cierta cantidad de pan. Debía indicarse en el billete el número de individuos de que constaba cada familia, y no debía darse en cada uno más que una libra de pan por cabeza. Con esta condición podía esperarse que la ciudad no careciese de alimentos. El montañés Romme propuso que la ración de los jornaleros fuese de libra y media, pues las altas clases, dijo, tenían para procurarse carne, arroz y legumbres; pero el pueblo bajo debía contar con más ración, puesto que sólo tenía recursos para pan. Admitióse la proposición de Romme, sintiendo los termidorianos no haberla presentado ellos para ganarse el apoyo del pueblo y privar de él á la Montaña.

Apenas se explicó este decreto, cuando se manifestó en los barrios más poblados de París la mayor fermentación. Los revolucionarios procuraron agravar su efecto, poniendo á Boissy-d'Anglès el apodo de *Boissy del hambre*. A los dos días, 27 ventoso (17 de marzo), en que por primera vez se puso el decreto en ejecución, hubo un gran motín en los arrabales de San Antonio y San Marcelo. Se habían repartido á los seiscientos treinta y seis mil habitantes de la capital mil ochocientos noventa y siete sacos de harina. Trescientos veinticuatro mil ciudadanos recibieron la media libra de exceso destinada á los artesanos; sin embargo, pareció al pueblo una cosa tan rara verse reducido á ración, que empezó á quejarse. Varias mujeres concurrentes á los clubs, siempre dispuestas á amotinarse, lo efectuaron en la sección del Observatorio, uniéndose á ellas los alborotadores que allí existían. Querían dirigir una petición á la Asamblea; mas para esto necesitaba reunirse toda la sección, lo cual sólo se permitía el día de década. Sin embargo, fueron al comité, pidieron con amenazas las llaves del salón de las sesiones, y habiéndoselas negado, exigieron que acompañase uno de sus individuos á los peticionarios hasta la Convención. Accedió el comité, y envió uno de sus individuos para regularizar el movimiento é impedir desórdenes. Lo mismo pasaba en aquellos instantes en la sección de Finisterre, donde se formó una reunión que se agrupó á la del Observatorio,

confundiéndose ambas y dirigiéndose juntas á la Convención. Uno de los amotinados se encargó de tomar la palabra, y se le introdujo en la barra con algunos de los peticionarios, quedándose á las puertas toda la demás gente, que prorrumpló en espantosos gritos. «Nos falta el pan, dijo el orador de la diputación del pueblo, y si esta falta continúa estamos dispuestos á renunciar á cuantos sacrificios hemos hecho por la revolución.» Indignada la Asamblea al oír estas palabras, le interrumpe bruscamente, levantándose muchos individuos para reprimir tan atrevido lenguaje. «¡Pan!, ¡pan!», gritaron los peticionarios dando golpes en la barandilla. A tan insolente respuesta, quería la Asamblea hacerlos salir del salón; mas al fin se restableció la calma, y acabó el orador su arenga, diciendo que hasta que se hubiesen satisfecho las necesidades del pueblo, ellos sólo gritarían: *¡Viva la república!* El presidente Thibaudeau respondió con dignidad á este sedicioso discurso, y sin invitar á los peticionarios con la sesión, les envió á sus trabajos. El comité de seguridad general, que había reunido ya algunos batallones de las secciones, despejó las puertas de la Asamblea y dispersó la reunión.

Esta escena produjo gran impresión en los ánimos. Las diarias amenazas de los jacobinos esparcidos por las secciones de los arrabales, sus incendiarios pasquines en que anunciaban una insurrección para dentro de ocho días si los patriotas no quedaban libres de toda persecución y si no se ponía en vigor la Constitución del 93; los conciliábulos casi públicos que tenían en los cafés de los arrabales, y finalmente, aquella última tentativa de un movimiento, descubrieron á la Convención el deseo de reproducir el 31 de mayo. La derecha, los girondinos que habían vuelto y los termidorianos, todos igualmente amenazados, procuraron oponerse al nuevo ataque contra la representación nacional. Sieyes, que acababa de volver á la escena y entrar en el comité de salvación pública, propuso á las comisiones una especie de ley marcial, destinada á evitar nuevos atentados contra la Convención. Este proyecto de ley declaraba sediciosa toda reunión que tuviese por objeto atacar las propiedades públicas ó privadas, restablecer el trono, derribar la república y la Constitución del 93, trasladarse al Temple ó á la Convención, etc. Los individuos que formasen parte de estas reuniones quedaban sujetos á la deportación, y si después de tres intimaciones de los magistrados no se disolvía la reunión, se emplearía la fuerza. Todas las secciones inmediatas, mientras se reunía la fuerza pública, debían enviar sus propios batallones. El insulto á un representante del pueblo se castigaría con la deportación, y el ultraje acompañado de violencia con la muerte. Sólo debía quedar en París una campana que se colocaría sobre la torre de la Unidad. Si marchaba contra la Convención alguna reunión, esta campana debía tocar inmediatamente á rebato, á cuya señal todas las secciones estaban obligadas á reunirse y marchar en auxilio de la representación nacional. Si la Convención quedaba disuelta ó se le coartaba su libertad, era deber de todos los individuos que pudiesen escaparse salir en seguida de París y dirigirse á Chalóns-sur-Marne, en donde tenían orden de reunirse todos los suplentes y diputados que se hallaban con licencia ó en comisión. Los generales debían enviarles al punto tropas de la frontera, y la nueva Convención formada en

Chalóns, única depositaria de la autoridad legítima, había de marchar contra París, libertar la parte oprimida de la representación nacional y castigar á los autores del atentado.

Los comités acogieron con entusiasmo aquel proyecto, encargándose á Sieyes le informase y presentase cuanto antes á la Asamblea. Los revolucionarios, por su parte, animados con el último movimiento, hallando un pretexto de los más favorables en la carestía, y viendo crecer los peligros de su partido y acercarse el fatal momento para Billaud, Collot, Barrere y Vadier, se agita-



Leonardo Bourdón

ron con más violencia y pensaron seriamente en combinar una sedición. Habíase disuelto el club electoral y la sociedad popular de los Trescientos; privados de este sitio de reunión los revolucionarios, habíanse esparcido por las juntas de sección que se verificaban todas las décadas, ocupando especialmente los arrabales de San Antonio y San Marcelo y los barrios del Temple y la Cité, hablaban en los cafés situados en el centro de estos barrios y proyectaban un movimiento, aunque sin plan ni jefes declarados. Entre estos agitadores se hallaban muchos comprometidos ó en las comisiones revolucionarias ó en otros cargos; mas ninguno gozaba de una superioridad decidida. Apremiábanse unos á otros, no podían entenderse, y sobre todo carecían de inteligencia con los diputados de la Montaña.

Los antiguos agitadores populares, aliados siempre á Dantón, á Robespierre ó á los más importantes miembros del gobierno, y que eran los que servían de conducto para dar el santo y seña al populacho, todos habían perecido. Los nuevos corifeos eran desconocidos de las actuales notabilidades de la Montaña y no tenían más de común entre sí que el peligro y el amor á la misma causa. Por otra parte, los diputados montañeses, que no formaban ya la mayoría en los comités, acusados continuamente de que conspiraban para recobrar el